
Hacia unos estudios culturales latinoamericanos: algunas notas sobre el impacto en la enseñanza

Yolanda Martínez-San Miguel

*Departamento de Lenguas y Literaturas Romances
Universidad de Princeton*

*-A Don Antonio Cornejo Polar, en agradecimiento
por ese intenso diálogo que sostuvimos a través de
sus anotaciones al margen de mis escritos, y que
hoy recuerdo con mucho cariño.*

En marzo de 1997 el *PMLA*, la revista de la Asociación de Lenguas Modernas, incluyó una discusión sobre el impacto de los estudios culturales en los estudios literarios en su sección titulada "Forum" (257-286). Treinta y dos profesores de universidades estadounidenses, canadienses y latinoamericanas se sintieron interpelados por tal pregunta, que buscaba redefinir la relación de una disciplina como los estudios literarios—que atraviesa en estos momentos por una intensa crisis—con el surgimiento de un nuevo modo de mirar y definir la cultura y su campo de acción en la vida humana. ¿Qué lugar, se preguntan muchos de los participantes de este debate, le corresponde a la literatura en la era moderna del cine, la televisión y el Internet? ¿Cómo se redefine la cultura en la sociedad contemporánea? ¿Qué relación se establece entre las ciencias sociales y las humanidades en la coyuntura misma del surgimiento de los estudios culturales, posmodernos y poscoloniales? Quizá pueda encontrarse la respuesta a algunas de estas interrogantes examinando el origen de este cambio de paradigma disciplinario, para luego incluir algunas notas sobre el impacto del debate en los estudios latinoamericanos contemporáneos.

Desde sus comienzos en Gran Bretaña en la década de 1950, los estudios culturales se concentraron en dos puntos fundamentales: (1) el concepto de la subjetividad como eje a partir del cual se articulaban las preguntas de una nueva mirada crítica y (2) la redefinición de la "cultura" para incluir una gama de manifestaciones mucho más amplia que las expresiones más institucionalizadas como la literatura, la pintura, la música o el espectáculo dramático (During 1993:1). Este doble interés de los estudios culturales llevó a una reincorporación de la cultura en la vida social, de modo que se cuestionaba la autonomía del arte de los procesos sociales en los que se producía el texto artístico. De esta manera, sin presuponer una relación transparente entre cultura y sociedad, los estudios culturales replantearon la forma en que se definía el capital simbólico de una comunidad, al mismo tiempo que las nociones de identidad y subjetividad comenzaron a estar inevitablemente imbricadas con procesos de ficcionalización individual y colectiva, aludidos en las nociones de "imaginario", "identidad nacional" e "invención de la tradición" (véase, por ejemplo, Anderson 1992; Balibar y Wallerstein 1993; Gruzinski 1993; Hobsbawm y Ranger 1988; de Certeau 1993). Desde su origen, los estudios culturales destacaron la necesidad de estudiar el arte y la cultura en un contexto mucho más amplio, que permitiera dar cuenta del complejo proceso de producción del objeto artístico.

Por su parte, los estudios literarios no se consolidaron como tales hasta el siglo XIX y se limitaron al estudio de la expresión verbal divulgada por medio del libro o el material impreso. Como señala Robert Miklitsch, la literatura incluía toda una serie de disciplinas, tales como la filosofía, la ciencia, así como la expresión artística ("Forum" 1997:258). A medida que se fue especializando el campo de los estudios de la "letra", la literatura pasó a referirse específicamente a los textos de ficción que servían como objeto artístico en un momento particular. En su proceso de redefinición del texto como manifestación cultural especializada, los estudios literarios mostraban un intenso vínculo con la delimitación de identidades nacionales, de modo que el análisis literario acusaba un énfasis creciente en la constitución de literaturas divididas a partir de lenguas o alusiones regionales. A pesar del fuerte referente contextual que le dio origen a los estudios literarios, la disciplina fue gradualmente destacando valores estéticos universales que permeaban toda expresión literaria, de modo que la definición de un canon literario suponía la autonomía del texto artístico de sus referentes históricos, políticos y contextuales: "El trabajo literario no

era ni un vehículo para las ideas, ni un reflejo de la realidad social, ni la encarnación de alguna verdad trascendental: era un hecho material, cuyo funcionamiento podía analizarse más bien como podía examinarse una máquina" (Eagleton 1989:3). Este proceso de autonomización del arte pasa por momentos de intensificación y crisis. Si por un lado el estructuralismo, el formalismo o la narratología recalcan la autonomía del arte frente a los procesos sociales, por el otro el psicoanálisis, la teoría de la recepción y la sociología de la literatura destacan los estrechos vínculos entre el objeto artístico y el contexto social de su producción.

Es precisamente a partir de este entrecruce entre estudios culturales y literarios que resurge la pregunta sobre el lugar que le corresponde a la literatura dentro de un contexto cultural y social más amplio. Por un lado, la interacción de ambas disciplinas presupone una redefinición de lo literario:

De manera más general, los estudios culturales hoy en día entienden lo literario—y aun la práctica literaria crítica del análisis textual—como un discurso o modo dentro de una constelación de otros medios y discursos, metodologías y formaciones sociales. En este sentido (y aquí puede pensarse en Galileo, si no en Newton), la literatura es simultáneamente desprivilegiada y rehistorizada (R. Miklitsch, en "Forum" 1997:258).

Más bien, la literatura se convierte, como bien debiera hacerlo, en una práctica entre muchas, una manera de documentar la experiencia y el conflicto humano, que no es más sagrada que ninguna otra (Lennard J. David, en "Forum" 1997:259).

De este modo se propone la importancia de estudiar una amplia gama de manifestaciones culturales no institucionalizadas—como la música popular, el graffiti, los murales urbanos, los chistes populares, el anuncio comercial, la prensa periódica, la fotografía comercial, entre otros—en combinación con modos más contemporáneos de expresión cultural, como el cine, el radio, la televisión y el Internet. Lo estético deja de ser una categoría universal y ahistórica, para convertirse en una noción contextual, regional y variable, de modo que el objeto cultural pasa a ser más bien una función que una esencia inmutable e incuestionable.

Por otro lado, la recontextualización de lo literario conlleva según Rolf J. Goebel una problematización del sujeto que enuncia y produce el texto, de modo que los estudios literarios dirigen también su atención a la emergencia de nuevas voces tradicionalmente excluidas del canon literario: "Los estudios culturales extienden el foco crítico a las circunstancias materiales y las prácticas de (auto)significación de la cultura popular; de los discursos minori-

tarios del género sexual, la etnicidad y la clase política; y de la escritura (pos)colonial" ("Forum" 1997:260). La multiplicidad de subjetividades y voces que ocupan ahora el centro de la reflexión cultural incorporan estudios sobre relaciones de autoridad, jerarquía y poder que permean el texto artístico, de modo que el arte replica, cuestiona y explora las relaciones de poder que coexisten con el lugar en el que se produce el capital simbólico.

Central para este proceso de reconfiguración disciplinaria fue la crisis de los estudios etnográficos e históricos a principios de la década de 1980. Las reflexiones críticas de James Clifford, Renato Rosaldo y Hayden White, entre otros, destacaron el problema de la representación como crucial en la redefinición de ciertas disciplinas de las ciencias sociales. Este debate ha puesto en evidencia lo que de Certeau propone como las pérdidas y mediaciones irremediables de todo proceso de representación del otro: "Pero el discurso escrito que cita el habla del otro no es, no puede ser, el discurso del otro. Al contrario, este discurso, al escribir la Fábula que lo autoriza, lo altera" (1993:78). (Sobre este debate resultan iluminadores los textos de Spivak [1988] y Bhabha [1983] y el de de Certeau sobre Montaigne, incluido en su libro *Heterologies* [1993].) La representación como ficcionalización produjo un amplio cuestionamiento de la autoridad del historiador y el etnógrafo en la inclusión del sujeto subalterno en sus relatos, al mismo tiempo que demostró cómo la ficción era una categoría que rebasaba la función artística para convertirse en elemento constitutivo de los procesos cognoscitivos de las ciencias sociales y naturales. El texto, el lenguaje, la interpretación, la mirada misma, participaban también de esa ficción que la objetividad científica abominaba y creía excluida de su marco teórico y metodológico.

Me interesa, por lo tanto, explorar el impacto de los estudios culturales en la redefinición del currículo y la metodología de los estudios literarios latinoamericanos. Esta reflexión es al mismo tiempo una reconsideración de la relación entre las ciencias sociales y los estudios literarios en la coyuntura de la emergencia de los estudios culturales. Para lograr esta reconsideración propongo examinar tres ejemplos pedagógicos específicos—los estudios coloniales latinoamericanos, el caso de Seva en la literatura e historia puertorriqueñas y los estudios de la inmigración dominicana en Puerto Rico, en el contexto de la globalización de la economía y la cultura—para ilustrar de un modo práctico algunas de las aplicaciones y limitaciones de los estudios culturales en la redefinición de los estudios humanísticos contemporáneos. El recorte particular de

los materiales responde a mi interés y área de especialidad, y en ningún modo presupone una prescripción sobre los contenidos del currículo. Utilizo mi experiencia de enseñanza en la Universidad de California en Berkeley (agosto a diciembre de 1995, verano de 1997) y la Universidad de Puerto Rico (enero de 1996 a mayo de 1997) como ejemplos del tipo de preguntas que los estudios culturales posibilitan en el contexto de los estudios de la literatura latinoamericana.

Caso 1: los estudios coloniales en Latinoamérica

La mayoría de las definiciones de los estudios culturales destaca la "cultura contemporánea" como su objeto de estudio (During 1993:1; "Forum" 1997). Sin embargo, una de las contribuciones más interesantes de este cambio de paradigma en los estudios literarios es la posibilidad de revisar los estudios coloniales en Latinoamérica. Y es que desde sus comienzos, como señala Leslie Bary, los estudios coloniales implicaron un problema en la definición del concepto de "literatura" y su aplicación a los estudios textuales en un período que antecede la consolidación histórica de esta práctica escritural:

Las tradiciones de la literatura latinoamericana no encajan exactamente con las definiciones estéticamente orientadas de "lo literario" ni separan la función estética de otras esferas. El canon incluye cartas, diarios, discursos, ensayos históricos y aproximaciones escritas de textos orales ("Forum" 1997:270).

Uno de los modos en que se ha emprendido esta reflexión ha sido el análisis de la construcción de categorías tales como "literatura colonial" y "cultura latinoamericana". De acuerdo con estos estudios, la literatura colonial no formó parte de las llamadas literaturas nacionales hasta que en el siglo XIX se emprendió un proceso de redefinición de tradiciones culturales nacionales que le adjudicaron a este corpus de textos el rol de originar una identidad específicamente latinoamericana (Zamora 1987:345; González Echevarría 1976:18; Santí 1993:109; Cornejo-Polar 1994a:653; Mariscal Hay 1994:331). Este proceso, que Antonio Cornejo-Polar ha denominado como el proceso de "nacionalizar" las letras coloniales, implicó varios ajustes ideológicos:

Ahora bien, ¿qué implica leer la literatura colonial como parte y eventualmente como origen de una literatura nacional? En el nivel más evidente habría que destacar que se trata del reconocimiento (en el horizonte específico de la producción colonial) del carácter criollo de la república, de su historia y de sus normas y jerarquías socioétnicas (igualmente vigentes en ese horizonte); pero también—y hasta más—de la legitimación de todo ello como forma pertinente de la nación (Cornejo-Polar 1994a:654).

Uno de los principales ajustes ideológicos fue el de “inventar” una tradición previa a la emancipación política que contuviera, sin embargo, las simientes liberadoras. Esta es precisamente la labor crítica que emprenden Andrés Bello en Venezuela y Chile y Ricardo Palma en Perú—por dar dos ejemplos muy conocidos—como modos de reconstituir un origen a la identidad nacional de estos países (Santí 1993:109; Cornejo-Polar 1994a:655-56). De acuerdo con Roberto González Echevarría, es precisamente el impulso originador del romanticismo el que localiza la literatura colonial como ese “origen medieval” de las literaturas nacionales americanas (1976:17). De ahí que se excluyeran aquellos textos literarios que no participaran del impulso nacionalista que conformó la formación disciplinaria de los estudios literarios en el siglo XIX y con ello la literatura colonial pasó a ocupar un lugar problemático en esa construcción de un origen para las literaturas americanas (Mariscal Hay 1994:331).

Por otro lado, la disciplina también ha cuestionado el concepto de una “literatura colonial”, sobre todo porque la mayoría de los textos que constituyen el corpus de la escritura colonial no fueron producidos originalmente como textos artísticos ni literarios. Fue específicamente este debate el que llevó a Rolena Adorno, Walter Mignolo y Margarita Zamora, entre otros, a analizar la recepción “literaria” de los textos coloniales como resultado de un tipo particular de lectura que de algún modo alteraba el lugar de enunciación original de algunas de estas obras. El *Diario de viaje* de Colón, las *Cartas de relación* de Cortés o los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, para mencionar tres ejemplos conocidos, no se produjeron como relatos fantásticos de la empresa de colonización y conquista, sino como textos de voluntad histórica y documental en que se plasmó una versión “oficial” de esos primeros “encuentros” culturales, políticos y sociales, entre grupos nacionales, etnias y clases sociales diversas. Se trataba de una noción de la historia en la que la presencia inmediata del relator y su diálogo con una tradición disciplinaria y textual autorizaban la veracidad de la narración.

Como resultado, el campo sustituyó su objeto de estudio de la "literatura" por el concepto del "discurso" colonial. De ahí que los estudios coloniales implicaran un cuestionamiento disciplinario fundamental en el caso de Latinoamérica, porque entrañaba la lectura de un corpus de textos no literarios desde acercamientos y estrategias "literarias", ya que esa escritura colonial también implicaba un proceso evidente de representación que culmina en lo que Edmundo O'Gorman (1986) denominó *La invención de América*. En este sentido, la lectura "literaria" de Colón, Bernal Díaz o Alvar Núñez se convirtió en un ejercicio disciplinario no mediato, en tanto que se hacía necesario justificar teórica y metodológicamente las estrategias de lectura de los estudios literarios en el análisis de textos que no se generaban desde una voluntad necesariamente artística o ficcional, pero que implicaban un proceso de recreación conceptual y verbal del "Nuevo Mundo". Tres ejemplos paradigmáticos de este nuevo tipo de acercamiento son los trabajos de Beatriz Pastor (1988), Cornejo Polar (1994a, 1994b)—sobre todo sus ensayos "Garcilaso: la armonía desgarrada" y "Ajenidad y apropiación nacional de las letras coloniales"—y el texto fundacional de de Certeau (1993), en los que la categoría del "sujeto colonial" y sus estrategias de representación pasan a ocupar el centro del análisis de los textos coloniales.

Desde esa perspectiva, la enseñanza de textos coloniales presupone una reflexión teórica sobre el contexto de producción de las obras estudiadas, ya que resulta imposible "comprender" los relatos de Cristóbal Colón o Hernán Cortés, sin conocer el lugar desde el que se escriben estas obras. La historia, la representación y la ficción se entrecruzan para producir relatos híbridos sobre una realidad americana que todavía no se reconocía como latinoamericana. En este sentido, el estudio de lo colonial permite explorar textos que anteceden, en muchos casos, a la modernidad intelectual y a los discursos nacionales que caracterizan las producciones culturales de gran parte de los siglos XIX y XX en Latinoamérica. Por ello es que los acercamientos "posmodernistas", "poscoloniales" e incluso "posnacionales" resultan útiles para plantear preguntas que ya no participan de los paradigmas predominantes en las reflexiones teóricas producidas durante la primera mitad de este siglo (Beverly y Oviedo 1995). Me refiero a preguntas tales como la definición de una subjetividad que no se reconoce como un ciudadano inscrito a un estado nacional centralizado, o a nociones de una subjetividad barroca semejante a las definiciones contemporáneas de la multiplicidad de la identidad posmoderna, porque

ambas se ubican fuera de la concepción del sujeto cartesiano racional. Pues, según Dalia Judovitz (1988), la subjetividad barroca incluía una dimensión múltiple, híbrida y cambiante que Descartes eliminó de su definición más homogénea y monolítica del sujeto cognoscitivo racional. Ciertos acercamientos contemporáneos pueden rescatar ahora esa multiplicidad perdida de la identidad barroca.

Por otra parte, en su ensayo sobre el sujeto colonial a la luz del debate poscolonial, Robert Young (1995) demuestra cómo este acercamiento teórico, a pesar de sus limitaciones, posibilita preguntas muy interesantes para redefinir la subjetividad colonial latinoamericana. Al igual que Young, Jorge Klor de Alva (1992) ha reflexionado sobre los problemas que surgen al aplicar la teoría poscolonial a los estudios latinoamericanos, porque el proceso de independencia en el siglo XIX no se puede equiparar al proceso de descolonización de India o África. Sin embargo, las teorías poscoloniales y posmodernas pueden ser sumamente útiles si en vez de incorporarlas desde una voluntad histórica se utilizan como "perspectivas" o enfoques que permiten, literalmente, "pensar" preguntas diferentes, en las que se trascienden los paradigmas nacionalistas e historicistas que han predominado en muchos de los análisis de textos culturales latinoamericanos. Por ejemplo, el trabajo de Mercedes López Baralt (1988) sobre la *Nueva Corónica y buen gobierno* de Guamán Poma ilustra los entrecruces entre el texto escrito y la imagen en la producción de significados en el relato del "mundo al revés" que propone este narrador indígena, quien le escribe al rey para pedirle el restablecimiento del poder local para llevar a feliz término la empresa colonizadora. En este caso, letra e imagen interactúan como un todo orgánico, como complemento representativo y documental de la historia relatada en el texto. En su análisis, López Baralt combina los estudios literarios con los antropológicos para explorar la complejidad de este texto colonial.

Por último, la escritura colonial ilustra la centralidad del "otro" en el origen de la literatura como modo específico de representación. Y es que todos estos textos dramatizan esa fascinación y extrañeza ante el otro que desencadena la escritura, a la vez que evidencian los límites del lenguaje para describir aquello que le es epistémica y conceptualmente desconocido. La imposibilidad de nombrar en Colón (López Baralt 1988:21); la obsesión con diversas voces, dialectos y etnias en los villancicos de Sor Juana Inés de la Cruz; y el marcado desconocimiento del ritual del poder que

Es necesario cuestionar el interés exclusivo de los estudios culturales por las voces subalternas, de modo que se puedan incluir en estas lecturas las sinuosidades de una subjetividad que en unos momentos se representa como "otra" frente al poder y que quizá luego se redefine como parte de ese mismo poder metropolitano.

relata casi cándidamente Cortés en su "Segunda carta de relación", son todos ejemplos de ese encuentro con el otro como constitutivo del impulso de la representación. De igual manera, la presencia de culturas orales o no hispánicas problematiza la densidad e hibridez de unas "crónicas" que buscan aprehender en su expresión escrita experiencias que transcurren fuera de la autoridad de la letra impresa. Es precisamente por esto que la incorporación de perspectivas feministas, de estudios de género sexual o de voces minoritarias, así como el análisis sociopolítico, contribuyen a lecturas muy dinámicas de ese proceso de representación de sujetos coloniales en la coyuntura misma de su convivencia en diversos grados de dominación y subordinación.

Sin embargo, uno de los límites de esta contribución tan significativa de los estudios culturales a los estudios coloniales latinoamericanos es la construcción de un vínculo transparente entre la representación del otro y los gestos de subversión, como sugiere William H. Thornton: "Sería pues tautológicamente correcto pero insuficiente decir, con Hutcheon, que la cultura es discursiva. Más precisamente, es contradiscursiva" ("Forum" 1997:261). Y es que en ocasiones, este impulso subversivo de la escritura opaca otras lecturas más complejas de los textos coloniales. Ver a Colón o a Cortés como sujetos netamente opresores oblitera las contradicciones de una frágil relación con el poder, puesto que ambos son también súbditos de centros de poder distantes y cambiantes que en muchas ocasiones vulneraron las mismas empresas que éstos narraban como un servicio a sus reyes. Por otra parte, leer al Inca Garcilaso o a Sor Juana como sujetos orgánicamente americanos y

subalternos olvida toda una ambigüedad del sujeto colonial que aspiraba a legitimarse como heredero de una tradición metropolitana que lo invisibilizaba y oprimía. Por último, ese deseo de “rescatar” el período colonial como el origen de una identidad latinoamericana deja de lado un interesante proceso de transculturación e intercambio que hacía un poco más fluidas las categorías de etnia, género sexual y clase social en el contexto de una América colonial que no se concebía como una entidad cultural y nacional necesariamente diferente de los centros de poder europeos. De ahí que sea necesario cuestionar el interés exclusivo de los estudios culturales por las voces subalternas, de modo que se puedan incluir en estas lecturas las sinuosidades de una subjetividad que en unos momentos se representa como “otra” frente al poder y que quizá luego se redefine como parte de ese mismo poder metropolitano que la vulnera. Esta es una especificidad de la experiencia colonial que enriquece el enfoque de los estudios culturales al cuestionar la organicidad del discurso minoritario en muchos de los textos analizados.

Caso 2: Seva y las trampas de la ficción

Un caso que ilustra algunos de los debates más recientes en los estudios culturales puertorriqueños es el breve relato de Luis López Nieves, *Seva: historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo 1898* (1984). El relato propone una versión ficcional alternativa en la que el pueblo puertorriqueño logró resistir exitosamente una primera invasión estadounidense por la costa este, en el desaparecido pueblo de Seva. El texto se basa en los supuestos hallazgos de una investigación iniciada a partir de una copla aparecida en un libro sobre canciones folklóricas de Puerto Rico en que se mencionaba una primera invasión estadounidense en mayo de 1898. La resistencia efectiva de los puertorriqueños de Seva llevó a los estadounidenses a intentar una segunda invasión por una zona más vulnerable de la Isla—Guánica—en el mes de julio y que logró una entrada y dominación mucho más rápida. Esta entrada por Guánica es la versión conocida como parte de la historia oficial de Puerto Rico. Pero el texto vincula la versión oficial con la invasión apócrifa para jugar con los límites de la verosimilitud. Luego de la toma de posesión de la Isla, el General Nelson Miles y su colaborador Luis M. Rivera supuestamente inventaron un modo de “borrar” las evidencias históricas de esta primera invasión fallida, masacrando a los puertorriqueños de la

zona, sustituyendo el pueblo de Seva por su casi homónimo Ceiba y construyendo la base naval de Roosevelt Roads en el lugar en que se encuentra hoy. El investigador principal Víctor Cabañas le había enviado toda su evidencia a su amigo Luis López Nieves, quien sometió el relato al periódico *Claridad* una vez Cabañas había desaparecido, tras anunciarle que se proponía entrar a Roosevelt Roads. Al final de la historia desaparecen los sujetos claves que pueden legitimar la veracidad del relato: el investigador principal puede estar muerto, no se incluye la foto del único sobreviviente de la masacre de Seva, desaparece el pueblo en el que ocurren los eventos y la copla que genera la investigación, así como los mapas que señalan la localización de Seva resultan ilegibles o no se pueden encontrar en las fuentes citadas. Se trata de un testimonio histórico que borra la mayoría de sus pistas.

De primera instancia, el texto parece un metarrelato que cuestiona los límites entre la realidad y la ficción. Los nombres de los personajes se confunden con los nombres reales de los sujetos históricos y el relato alude a personalidades, lugares geográficos, periódicos, estudios y documentos históricos que se pueden localizar como parte de la realidad histórica o contemporánea del país. El texto contiene cartas con fechas recientes, fotos documentales del general Miles y de algunos acorazados de la Guerra Hispanoamericana, y copias de las proclamas divulgadas tras la entrada de los estadounidenses en la Isla, así como de algunos mapas, un afidavit y manuscritos "originales". En este sentido, el libro replica, visual y formalmente, la estructura y presencia de un texto histórico.

Una versión de este texto se publicó originalmente en el semanario *Claridad*, en la edición del 23 de diciembre de 1983. El artículo original incluía la evidencia fotográfica intercalada en la narrativa de la pesquisa histórica del Dr. Víctor Cabañas. ¿El problema? Que el periódico nunca aclaró que este texto era un cuento y lo incluyó en su sección cultural *En Rojo*, que usualmente contiene trabajos de creación literaria y de investigación histórica. Como resultado de este equívoco—que duró cerca de una semana—, muchos lectores pensaron que el relato era un documento histórico y se estremecieron ante la noticia de un movimiento de resistencia eficiente en contra de la entrada de los estadounidenses a la Isla en 1898, y que esa resistencia había sido "literalmente"—en el doble sentido de la palabra—masacrada y borrada de la historia oficial. Y digo "literalmente" porque una vez se aclaró que el texto era un cuento, muchas personas se resistieron a aceptar este revés, adu-

ciendo que *Seva* era verdad y que el editorial aclaratorio del semanario *Claridad* era un engaño (López Nieves 1984:64).

Myrna García Calderón ha llevado a cabo un interesante análisis de este debate en su artículo "Seva o la reinención de la identidad nacional puertorriqueña" en que estudia el contexto en que se suscita este curioso "equívoco". No tan sólo el cuento salió a la luz pública en el momento en que se investigaban los asesinatos en el Cerro Maravilla, sino que, como señala García Calderón, el relato se publicó en un momento de intenso revisionismo historiográfico, que desde la década de 1970 había emprendido un "proyecto de indagación de las bases históricas de la nacionalidad" (1994:199). Por su parte, la literatura puertorriqueña también se encontraba en un proceso de incorporación de los nuevos hallazgos de la microhistoria y las relecturas de eventos claves de la historia nacional en sus narrativas fundantes. Central para todo este debate sería también la crisis de la disciplina historiográfica a la que ya he aludido, que explora precisamente los límites entre el discurso histórico y el literario, entre la voluntad documental científica y la recreación intencional de la ficción (García Calderón 1994:201). Lo que fortalecía la recepción de *Seva* como texto histórico era la expectativa de un público de rescatar una "epopeya nacional" que dignificara la historia e identidad de los puertorriqueños. Fue ese deseo primordialmente el que sirvió de estímulo para un intenso debate sobre la importancia de poseer un mito de origen que probara una identidad boricua opuesta a la entrada de los estadounidenses en 1898. En este texto la ficción tiene, entonces, un intenso poder de seducción, que trasciende el debate sobre la veracidad de su contenido histórico.

Sin embargo, el texto publicado en forma de libro incluye una segunda sección que recoge la parte más notable de este relato: el debate público generado alrededor de la historicidad de los eventos narrados en el texto. Esta estructura bipartita presenta un texto que rebasa las fronteras de lo estrictamente histórico o literario. El título de esta segunda parte, "Crónica: Seva, un sueño que hizo historia", adentra al lector en la sección más tradicionalmente histórica del texto, pues describe con lujo de detalles la recepción de un artefacto cultural como documento histórico y noticioso. Aquí se recogen diversos artículos en que miembros de la comunidad intelectual, así como lectores del periódico *Claridad*, reaccionan ante el escándalo producido por un texto que cuestiona los límites entre la historia, la literatura y el relato periodístico. De ahí que enseñar *Seva* en un curso de literatura implique necesariamente cuestionar

los límites discursivos y de recepción de la historia, el arte y la noticia.

Por ello, en un primer acercamiento a un curso de géneros de representación cultural empiezo por discutir una selección de textos para explorar las diferencias entre una función discursiva y otra. Al comienzo de la clase los estudiantes y yo leemos un capítulo de historia sobre el 1898, algunos artículos periodísticos contemporáneos sobre este tema, algún texto narrativo que aluda a la vida en Puerto Rico a fines del siglo XIX—como *La llegada* de José Luis González o *Luz y sombra* de Ana Roqué—y noticias que documentan eventos cercanos a la entrada de los estadounidenses en 1898. Así se exploran las diferencias formales y de recepción de cada tipo de texto. Sobre la historia se formulan preguntas como: ¿qué tipo de información incluye un texto histórico?; ¿cómo documenta un texto histórico su evidencia?; ¿qué tipo de disciplinas auxilian en la recolección de datos relevantes para la historia?; ¿qué tipo de lenguaje utiliza el texto histórico?; ¿qué espera un lector de un texto histórico? (Pereyra et al. 1980). Sobre las noticias nos hacemos preguntas similares y añadimos una comparación concienzuda de las diferencias entre la noticia y la historia. Si el referente de la noticia y la historia es el evento “real”, ¿cuál es la diferencia entre una y otra? ¿Qué llega a ser relevante para la noticia periodística y para la historia? ¿Por qué la noticia no incluye a todos los miembros de una comunidad pero los interpela a todos? ¿Quién merece ser nombrado en la noticia o en la historia? ¿Cuál es la diferencia entre la noticia sobre un mismo evento publicada en un periódico como *El Nuevo Día* o *El Vocero*? ¿Por qué atrae tanto la prensa amarilla? ¿Qué modos de narración y representación particulares utiliza la prensa amarilla que la hace más atractiva que la prensa oficial?

Por último llegamos a la literatura, para plantear temas parecidos y explorar el límite difuso entre la función literaria y el discurso histórico o noticioso. La ficción es, quizá, la más flexible de las prácticas discursivas, puesto que la licencia poética le permite al autor reproducir la ilusión histórica o replicar en la voluntad realista cada una de las coordenadas del documento noticioso. De ahí que sea crucial discutir el papel de la recepción en el proceso hermenéutico. Es quizá la expectativa de la ficción en sí misma, y no un contenido formal o estructural, la que distingue de un modo más categórico el texto literario de los otros textos disciplinarios.

A lo largo del semestre se repasan, entonces, diversos géneros literarios y de medios de representación cultural. Cada género lite-

rario tiene también su especificidad. La poesía, el cuento, la novela, el teatro y el ensayo se exploran como modos distintos de establecer una relación con la audiencia. Se compara la literatura con la pintura y la fotografía, para explorar los medios de representación verbal y visual como modos distintos de significar y expresar en el campo artístico. Se exploran el cine, la música y la televisión para historizar y localizar los medios de representación de acuerdo con sus convenciones, públicos virtuales y modos de interpretación. Ninguno de estos medios de expresión cultural transmite su mensaje del mismo modo ni produce el mismo tipo de identificación con su audiencia.

En ese amplio arreglo de medios de representación cultural, la literatura adquiere una especificidad derivada de su medio verbal de comunicación de un sentido, y que se relaciona estrechamente con la intensidad de absorción que produce el pacto establecido en el ejercicio de la lectura. De ahí que no sea lo mismo "imaginar" la trama y los personajes a través de la literatura, que "ver y escuchar" una adaptación cinematográfica o "escuchar" una versión musical de la misma fábula. Cada uno de estos medios produce efectos distintos y le da un espacio diferente al ejercicio de imaginación del lector. Pero lo que une a toda esta serie de manifestaciones culturales es la ficción como lugar de enunciación que exige un cierto tipo de recepción. Se trata de ficciones que no se perciben desde su artificio y falsedad, sino todo lo contrario, desde ese lugar liminar en el que el público se entrega a la experiencia narrativa y "cree" la trama hasta el punto de la identificación, hasta el lugar de la ira, el dolor, la decepción o la alegría. Se reflexiona, a fin de cuentas, sobre ese gusto por la ficción, por la representación simbólica procesada mediante la cultura, en que la audiencia explora preguntas que quizá no puede abordar abiertamente desde la voluntad realista y verosimilista de la historia o la noticia, ni desde la mirada interesada del debate político o del imperativo económico y social.

Como culminación a este proceso de reflexión sobre la diversidad de medios de representación que componen el capital cultural de una comunidad, *Seva* se presenta como texto que sintetiza las pulsiones más extremas de todos estos debates. Primero se lee el texto original como documento histórico. Se le contextualiza dentro del proyecto de revisionismo histórico organizado alrededor del Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP), que aspiraba a reconstruir momentos claves en la formación de una identidad colectiva puertorriqueña. El texto se ubica dentro de esta tradición historiográfica que ha cuestionado las versiones oficiales

de la historia que no han reconocido ni documentado amplios movimientos de resistencia entre los diversos grupos subalternos que conforman la historia del país. Luego se lee la segunda parte del texto y se explora el sentimiento de desengaño y quizá decepción ante la expectativa confusa que el texto genera sobre la naturaleza definitiva de su afiliación disciplinaria. Se cierra la discusión con una reflexión sobre la presencia de la ficción en todo gesto de representación, ya sea histórico, sociológico o literario. Ahí también se exploran los límites problemáticos y fluidos entre las nociones científicas y culturales, así como las limitaciones hermenéuticas que comparten diversas disciplinas de las ciencias sociales, las humanidades y las ciencias naturales. Con esto se aspira a destacar la imbricación de diversos procesos de interpretación constitutivos del proceso cognoscitivo mismo para explorar los conflictos inherentes a toda empresa disciplinaria que aspira a postular una relación transparente con la verdad.

Sin embargo, la discusión de este tipo de textos se concentra en un fluido debate interdisciplinario, que en ocasiones puede crear la impresión de que esta relativización de fronteras disciplinarias implica un escepticismo total ante la tarea hermenéutica. En esos casos se puede llegar a pensar que la crisis epistemológica del reclamo de una verdad última y estable supone una negación del impacto positivo que tal reconfiguración disciplinaria genera en su acercamiento a diversos objetos/sujetos de estudio. Por tanto, al vulnerar los fundamentos teóricos de los estudios sociales y humanísticos se quiere enriquecer la interpretación de la cultura como un conjunto de prácticas heterogéneas que exigen al mismo tiempo ese ejercicio de análisis más complejo. No se trata, entonces, de negar completamente la posibilidad de un saber eficiente sobre aquello que se estudia. El último caso que quiero comentar ilustra específicamente este punto, ya que la combinación de disciplinas es crucial para articular el estudio de la comunidad dominicana en Puerto Rico, de modo que se incorpora la representación cultural a un contexto mucho más amplio de manifestaciones sociales, políticas e históricas sin eliminar un estudio especializado de este conjunto de expresiones sociales y artísticas.

Caso 3: los estudios de la inmigración dominicana en Puerto Rico

Los estudios de la migración son un buen ejemplo de disciplinas constituidas desde un entrecruce entre los estudios sociales y

humanísticos. Baste recordar que los estudios de la globalización comienzan con el análisis de los pulsos internacionales de la economía, particularmente del impacto de las compañías transnacionales sobre el poder regulador de los estados nacionales (Miyoshi 1993). Este debilitamiento de la política estatal en favor de los pulsos del mercado internacional lleva a una redefinición de la subjetividad a partir de su carácter como consumidor más que como ciudadano de un estado nacional en particular (García Canclini 1995). Ese sujeto que responde a los imperativos del mercado por encima de su identificación regional y nacional experimenta el impacto de la globalización de la economía y la cultura de diversas maneras, y una de las más estudiadas es la migración (García Canclini 1989; Chambers 1994; Kaplan 1996; Ríos 1996). Con el desplazamiento masivo de individuos de un país a otro, se comienza a hablar de culturas y subjetividades transnacionales, que se constituyen precisamente en el entrecruce de varias culturas, lenguas, leyes, nociones de ciudadanía y estados nacionales. La experiencia latina en Estados Unidos sería uno de los ejemplos más recientes de este tipo de experiencia social y cultural.

En el caso específico de Puerto Rico, la emigración ha recibido un amplio tratamiento crítico y teórico, tanto en los estudios humanísticos, como en los estudios sociológicos y económicos sobre el país (Flores 1993; Ramos 1995; Torre *et al.* 1994; Rivera Batiz y Santiago 1994; Negrón-Muntaner y Grosfoguel 1997). Más recientemente ha surgido un interés por el estudio de la inmigración a la Isla, como elemento clave en la rearticulación de los estudios puertorriqueños más contemporáneos (véase Cobas y Duany 1995; Duany, Hernández Angueira y Rey 1995). El caso que me interesa comentar es precisamente el de la inmigración dominicana a Puerto Rico.

Según el Censo de 1990, residían legalmente en Puerto Rico cerca de 40,000 dominicanos. Esta comunidad comenzó a migrar masivamente desde la República Dominicana a mediados de los años sesenta, tras el asesinato de Rafael Leonidas Trujillo. Jorge Duany, César Rey y Luisa Hernández Angueira, entre otros, han estudiado el perfil de estos inmigrantes así como su impacto social, económico y étnico en la sociedad puertorriqueña contemporánea. Sus estudios ayudan a comprender cómo la inmigración es también significativa en la redefinición de identidades caribeñas contemporáneas que comparten un mismo espacio geográfico. Además, permiten plantear una pregunta interesante: ¿qué impacto tienen

estas experiencias migratorias en la representación cultural puertorriqueña?

En 1997 incorporé este tema a un curso que ofrecí en el Programa de Estudios de Honor de la Universidad de Puerto Rico, titulado "De ilegales e indocumentados: representaciones culturales de la migración dominicana y chicana" (véase Martínez-San Miguel 1998). Tuve la oportunidad de enseñar este mismo curso durante el verano de 1997 en la Universidad de California en Berkeley y me gustaría comentar brevemente cómo se estructuró la unidad sobre la migración dominicana. El curso comenzaba con una serie de lecturas sociológicas sobre la llegada e impacto económico, laboral y social de los dominicanos en Puerto Rico. La idea era darle a los estudiantes un trasfondo estadístico y cualitativo de una comunidad con la que muchos de los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico habían tenido algún tipo de contacto directo, pero mucho más informal. (En el caso de los estudiantes de Berkeley, los chicanos eran el punto de referencia más conocido; por ello el curso comenzaba con los materiales referentes a esa comunidad). Después de leer algunas secciones del estudio sobre el Barrio Gandul llevado a cabo por Duany, Hernández Angueira y Rey (1995), el curso incluía una selección muy diversa de expresiones culturales: algunos textos literarios de Ana Lydia Vega, Magali García Ramis y José Luis Ramos Escobar, artículos periodísticos de Juan Carlos Quintero Herencia, Eugenio García Cuevas y Luis Rafael Sánchez, una reflexión sobre los chistes étnicos en contra de los dominicanos usando la obra teatral de Lowell Fiet *¿Oíste del dominicano?*, así como los documentales de Sonia Fritz, el comentario de algunos graffitis y el análisis de varios merengues relevantes en la redefinición de la subjetividad dominicana y puertorriqueña que experimentaba esta migración masiva. También se comentaron algunas de las representaciones de la comunidad dominicana en la televisión puertorriqueña y trabajamos con el modo en que los periódicos *Claridad* y *El Nuevo Día* reseñaban las noticias de la inmigración dominicana a Puerto Rico.

La razón para este análisis transdisciplinario surge de la condición misma del fenómeno estudiado. Por un lado, resulta imposible privilegiar la literatura como medio de representación de la experiencia dominicana en Puerto Rico, porque ello implicaría recortar artificialmente una amplia gama de expresiones culturales que pueden ser hasta más iluminadoras que la literatura en el estudio de esta comunidad. En segundo lugar, dada la dificultad para la publicación de textos literarios en Puerto Rico, y por la frágil

condición socioeconómica de la comunidad dominicana, es de esperar que la literatura no sea la expresión más significativa de esta experiencia de convivencia y desplazamiento. Por último, la literatura no es, en este caso, el medio de expresión cultural de mayor difusión ni impacto en la construcción de identidades de la comunidad dominicana en Puerto Rico. De ahí que los chistes étnicos, los graffitis, la televisión, la prensa y la música pasen a ocupar el lugar que tradicionalmente había ocupado la literatura en los discursos de afirmación nacional en Puerto Rico. En algunos de estos otros medios de expresión cultural podían explorarse otros registros, menos institucionales e incluso más fluidos, del impacto de la comunidad dominicana en la reconfiguración de una identidad puertorriqueña contemporánea. Sin embargo, también era importante reflexionar sobre la autoridad institucional que han ido ganando la televisión, el cine y la prensa, o hasta el Internet, en la constitución de imaginarios culturales donde la inmigración, la globalización y el mercado son los pulsos predominantes (Beverley y Oviedo 1995:5). El curso cerró con una reflexión sobre los desfases entre las tendencias predominantes de la representación cultural—solidaridad y repulsión—y el lugar que eficientemente se abre para el dominicano en cuanto ciudadano y sujeto político en la sociedad puertorriqueña de la década del noventa. Parecería que la cultura no absorbe al “otro” del mismo modo que la práctica civil o legal, pues la emergencia de la subjetividad artística no va necesariamente de la mano con la legitimación del sujeto social. Es decir que la representación cultural no es necesariamente paralela a la representación política.

En este caso, el enfoque de los estudios culturales no sólo enriquece, sino que más bien posibilita una reflexión más detallada y específica sobre el objeto de estudio. De este entrecruce íntimo entre los estudios sociales y humanísticos se pueden plantear preguntas en las que la cultura se convierte en uno más de los medios para explorar experiencias sociales y políticas, sin que por ello se abandone el análisis formal y textual de la expresión artística como depositaria de contenidos simbólicos de una comunidad.

Conclusión

Quizá uno de los aportes fundamentales de los estudios culturales haya sido su cuestionamiento de la división disciplinaria que fundamenta la institución universitaria y la enseñanza misma. El entrecruce entre una disciplina y otra, entre la mirada científica y la “creatividad” humanística, lleva a replantear las bases desde

donde se articula el saber en los estudios latinoamericanos, así como la división entre las facultades y disciplinas que componen las Ciencias Sociales y Humanidades contemporáneas. De ahí que los estudios culturales puedan servir como punto de partida para una reestructuración del currículo y de las instituciones educativas. Por otra parte, si bien es cierto que los estudios culturales han transformado profundamente muchos de los modos de concebir lo "literario" y lo "cultural" en las humanidades, también es cierto que algunos de los debates literarios han tenido impactos significativos en los estudios etnográficos, históricos y sociológicos contemporáneos. Y uno de los campos donde se nota más este intercambio enriquecedor de disciplinas es en la teoría del sujeto, donde la ciencia, la filosofía, el feminismo y los estudios de género, los *queer studies*, el psicoanálisis, la historia y la etnografía, entre muchas otras, se imbrican, oponen e interaccionan en un debate muy pujante sobre la identidad individual y colectiva.

Por otro lado, queda pendiente un debate sobre el lugar del canon y los valores estéticos al analizar el valor artístico o literario de una obra. ¿Cuál es, entonces, la especificidad de los estudios literarios? ¿Qué distingue a una buena obra literaria de una obra pésima? ¿Es el mérito estético todavía válido como modo de acercamiento a un texto? ¿O es más bien la representatividad del canon la que dicta las prácticas de inclusión y exclusión de obras en un programa de cursos o en una lista de textos requeridos para la educación general de los estudiantes de literatura? Por último, ¿existe un modo de leer específicamente disciplinario que distinga los estudios literarios de los estudios culturales en general? Estas y otras preguntas permanecen sin contestar en este momento. Los estudios culturales pueden estar estimulando un resurgimiento de los estudios literarios en un momento en que la disciplina atraviesa por una intensa crisis relacionada con sus modos particulares de análisis discursivo, al mismo tiempo que empiezan a diluirse las prácticas que le dan una especificidad a este mismo campo de estudios.

Surge también un cuestionamiento del privilegio otorgado a la categoría de lo subalterno en casi todos los estudios de artefactos culturales. Se quieren rescatar voces, legitimar posiciones nuevas, desenmascarar sujetos perdidos o invisibles, o simplemente asistir a la multiplicidad de lugares que constituyen la polimorfa identidad de la tardomodernidad. La identidad se convierte, en muchos de estos estudios, en un *performance* escurrizado y celebratorio de la heterogeneidad, que se niega en muchas ocasiones a ver las contradicciones y los ejercicios de poder que todavía cruzan muchos de

estos contextos de producción y enunciación de objetos culturales. Aquí es donde quizá exista todavía el desfase más notable entre el lugar del crítico cultural—y su mirada especializada—y el espacio que legítimamente se abre para estas subjetividades subalternas en la sociedad en que viven. Estudiar al subalterno no es, en muchos casos, legitimarlo en un espacio más allá del debate teórico o de la representatividad cultural. El “personaje” que ocupa el centro del discurso o la reflexión crítica no siempre se convierte en ciudadano, sino quizá todo lo contrario. Y también la contraparte es cierta: estudiar lo orgánicamente subalterno puede desplazar otros estudios sobre la naturaleza también multiforme del poder, que genera intensas reacciones de resistencia, pero también de complicidad, dentro y fuera de la reflexión teórica. Por ello, quizá sea problematizando la noción de subalternidad y explorando los desfases entre la representación cultural y la representación política, que los estudios culturales puedan renovar algunos de los debates más apremiantes de este fin de siglo.

REFERENCIAS

- Adorno, Rolena. (1988). Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 14 (28):13-28.
- Anderson, Benedict. (1992). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York: Verso.
- Balibar, Etienne e Immanuel Wallerstein. (1993). *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. Nueva York: Verso.
- Beverly, John y José Oviedo. (1995). Introduction. En John Beverley et al., eds., *The Postmodernism Debate in Latin America*, 1-17. Durham: Duke University Press.
- Bhabha, Homi. (1983). The Other Question. *Screen* 24 (6):18-36.
- Chambers, Iain. (1994). *Migrancy, Culture, Identity*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Clifford, James y George Marcus, eds. (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Cobas, José A. y Jorge Duany. (1995). *Los cubanos en Puerto Rico: economía étnica e identidad cultural*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Cornejo-Polar, Antonio. (1994a). Ajenidad y apropiación nacional de las letras coloniales. En Julio Ortega y José Amor y Vázquez, eds., *Conquista y contraconquista: la escritura del Nuevo Mundo*, 651-657. México y Rhode Island: Colegio de México y Brown University.

- Cornejo-Polar, Antonio. (1994b). Garcilaso: la armonía desgarrada. En *Escribir en el aire: ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, 93-100. Perú: Editorial Horizonte.
- de Certeau, Michel. (1993). *Heterologies: Discourse on the Other*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Duany, Jorge, Luisa Hernández Angueira y César Rey. (1995). *El Barrio Gandul: economía subterránea y migración indocumentada en Puerto Rico*. Caracas: Nueva Sociedad.
- During, Simon. (1993). Introduction. En Simon During, ed., *The Cultural Studies Reader*, 1-25. Nueva York: Routledge.
- Eagleton, Terry. (1989). *Literary Theory: An Introduction*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Flores, Juan. (1993). *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press.
- "Forum". (1997). Thirty-Two Letters on the Relations Between Cultural Studies and the Literary. *PMLA* 112 (2):257-286.
- García Calderón, Myrna. (1994). *Seva o la reinención de la identidad nacional puertorriqueña*. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 20 (39):199-215.
- García Canclini, Néstor. (1995). *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- García Canclini, Néstor. (1989). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- González Echevarría, Roberto. (1976). José Arrom, autor de la "Relación acerca de las antigüedades de los indios" (picaresca e historia). En *Relecturas: estudios de literatura cubana*, 17-35. Caracas: Monte Avila.
- Gruzinski, Serge. (1993). *The Conquest of Mexico*. Trad. Eileen Corrigan. Cambridge: Polity Press.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, eds. (1988). *The Invention of Tradition*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Judovitz, Dalia. (1988). *Subjectivity and Representation in Descartes: The Origins of Modernity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kaplan, Karen. (1996). *Questions of Travel: Postmodern Discourses of Displacement*. Durham: Duke University Press.
- Klor de Alva, José Jorge. (1992). Colonialism and Postcolonialism as (Latin) American Mirages. *Colonial Latin American Review* 1 (1-2): 3-23.
- López-Baralt, Mercedes. (1988). *Icono y conquista: Guamán Poma de Ayala*. Madrid: Hiperión.

- López Nieves, Luis. (1984). *Seva: historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo 1898*. San Juan: Editorial Cordillera.
- Mariscal Hay, Beatriz. (1994). Voces novohispanas: silencios de nuestra historia literaria. En José Pascual Buxó y Arnulfo Herrera, eds., *La literatura novohispana: revisión crítica y propuestas metodológicas*, 329-337. México: UNAM.
- Martínez-San Miguel, Yolanda. (1998). De ilegales e indocumentados: representaciones culturales de la migración dominicana en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales* (Nueva época) 4:147-173.
- Mignolo, Walter. (1986). La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales). *Dispositio* 11 (28-29):137-60.
- Miyoshi, Masao. (1993). A Borderless World? From Colonialism to Transnationalism and the Decline of the Nation-State. *Critical Inquiry* 19 (4):726-751.
- Negrón-Muntaner, Frances y Ramón Grosfoguel, eds. (1997). *Puerto Rican Jam: Rethinking Colonialism and Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- O'Gorman, Edmundo. (1986). *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pastor, Beatriz. (1988). *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Pereyra, Carlos et al. (1980). *Historia ¿para qué?* México: Siglo XXI Editores.
- Ramos, Julio. (1995). Migratorias. En Irma Rivera Nieves y Carlos Gil, eds., *Polifonía salvaje*, 500-511. Río Piedras: Postdata.
- Ríos, Palmira. (1996). International Migration, Citizenship, and the Emergence of Transnational Public Policies. Ponencia presentada en la 118 Reunión Anual de la Sociedad Etnológica Americana, San Juan, Puerto Rico, 18 de abril.
- Rivera Batiz, Francisco y Carlos Santiago. (1994). *Puerto Ricans in the United States: A Changing Reality*. Washington, D.C.: National Puerto Rican Coalition.
- Santí, Enrico Mario. (1993). Sor Juana, Octavio Paz, and the Poetics of Restitution. *Indiana Journal of Hispanic Literatures* 1 (2):101-139.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. (1988). Can the Subaltern Speak? En Cary Nelson y Lawrence Grossberg, eds., *Marxism and the Interpretation of Culture*, 271-313. Urbana y Chicago: University of Illinois Press.
- Torre, Carlos Antonio, Hugo Rodríguez-Vecchini y William Burgos, eds. (1994). *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- White, Hayden. (1986). *Tropics of Discourse: Essays on Cultural Criticism*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Young, Robert. (1995). *Colonial Desire: Hybridity, Theory, Culture, and Race*. Londres: Routledge.

Zamora, Margarita. (1987). Historicity and Literariness: Problems in the Literary Criticism of Spanish American Colonial Texts. *Modern Language Notes* 102 (2):334-346.

RESUMEN

Este artículo analiza el impacto de los estudios culturales en la redefinición del currículo y la metodología de los estudios literarios latinoamericanos. Esta reflexión es al mismo tiempo una reconsideración de la relación entre las ciencias sociales y los estudios literarios en la coyuntura de la emergencia de los estudios culturales. Para lograr esto, la autora examina tres ejemplos pedagógicos específicos—los estudios coloniales latinoamericanos, el caso de Seva en la literatura e historia puertorriqueñas y los estudios de la inmigración dominicana en Puerto Rico, en el contexto de la globalización de la economía y la cultura—para ilustrar de un modo práctico las aplicaciones y limitaciones de los estudios culturales en la redefinición de los estudios humanísticos contemporáneos. El ensayo concluye con una evaluación de las aportaciones positivas de este debate en la redefinición interdisciplinaria de nociones tales como "subjetividad", "canon literario" y "cultura", al mismo tiempo que advierte sobre los límites de ciertas nociones privilegiadas en los estudios culturales contemporáneos, como las definiciones idealizadas de la subalternidad, los desfases entre la representación cultural y política y el estudio descontextualizado de las estructuras de poder que predomina en muchos proyectos teóricos y académicos recientes. Finalmente, se analiza la interacción entre los estudios humanísticos y sociales en la postulación de un nuevo currículo universitario que tome en cuenta este complejo ejercicio propiciado por una nueva tradición de crítica e interpretación de la cultura. [*Palabras clave:* estudios culturales, estudios poscoloniales, canon literario, reforma curricular, enseñanza universitaria.]

ABSTRACT

This article analyzes the methodological and pedagogical reconfigurations of Latin American literary studies after the emergence of cultural studies as an interdisciplinary approach. The essay proposes a reconsideration of the relation between social and literary studies at the same moment in which cultural studies is promoting a theoretical reconfiguration of both fields. Three examples are examined from a pedagogical perspective—how to teach Latin American colonial literature, the impact of Seva in Puerto Rican literature and history, and the study of Dominican immigration to Puerto Rico in the context of the globalization of cultures and economies—to illustrate the applications and limitations of cultural studies in the redefinition of contemporary humanistic studies. The essay concludes with an evaluation of the positive effects of this debate on an interdisciplinary redefinition of notions such as "subjectivity", "literary canon," and "culture," while at the same time it evaluates the risks posed by some notions privileged within cultural studies, such as idealized definitions of subalternity, the problematic relationship between political and cultural representation, and a decontextualized study of power structures prevalent in recent theoretical and academic debates. Finally, the author describes some of the interactions between social and humanistic studies in the definition of a new curriculum that will incorporate this complex exercise promoted by a new tradition of study and criticism of culture. [*Keywords:* cultural studies, postcolonial studies, literary canon, curricular reform, university teaching.]